

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i>	
CARMEN IGLESIAS	9
<i>Presentaciones</i>	
JOSÉ MARÍA AMUSÁTEGUI DE LA CIERVA	25
EL CONDE DE ELDA	27
I. <i>Felipe IV, a través de Velázquez</i>	
ALFONSO E. PÉREZ SÁNCHEZ	29
II. <i>Diego Velázquez: sus oficios palatinos</i>	
FELICIANO BARRIOS	61
III. <i>Velázquez, Caballero de Santiago</i>	
JAIME DE SALAZAR Y ACHIA	95
IV. <i>Velázquez y el mundo eclesiástico</i>	
QUINTÍN ALDEA VAQUERO	127
<i>Relación de ilustraciones</i>	159

Prólogo

por

CARMEN IGLESIAS

de las Reales Academias Española y de la Historia

Se dice de una obra clásica que cualquier *revisión* que de ella se haga es siempre una *visión de descubrimiento* como la primera vez que la vimos. «Cuanto más cree uno conocerlos —decía Italo Calvino sobre los autores clásicos—, ... tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan». Eso nos ocurre con la obra de Velázquez. Por muchos estudios, cambios de enfoque en la *mirada* que, según las épocas, se dirijan a su pintura, el hombre que fue don Diego Velázquez y la constante modernidad de sus cuadros producen siempre la emoción del descubrimiento, además de una reflexión que arrastra igualmente la huella de las visiones que han precedido a la nuestra y que nunca agotan la riqueza y genialidad de la obra en sí.

Por ello, en el pasado curso 1999-2000, la Fundación Cultural de la Nobleza y la Fundación Santander Central Hispano se sumaron a los homenajes a Velázquez, en el año de conmemoración de su nacimiento en 1599, con un ciclo de cuatro conferencias que, según la tradición de los ciclos que conjunta y generosamente vienen celebrando las dos fundaciones, aúnan la rigurosidad académica con la difusión y conocimiento de aspectos relevantes de las cuestiones tratadas. En este caso, cuatro prestigiosos académicos y destacados especialistas del período y de la obra de Velázquez analizaron distintos temas relacionados con la vida, aspiraciones y logros del gran pintor sevillano en la Corte

de Felipe IV. Los retratos que del Rey pintó Velázquez conformaron el núcleo de la conferencia inaugural, seguida por el análisis de la significación que en la Corte española del siglo XVII tenía ser «criado del Rey» y de la consecución de pertenecer al fin a la prestigiosa Orden de Santiago por lo que tanto luchó el pintor, para acabar con un original repaso a las relaciones de Velázquez con el poderoso y complejo mundo eclesiástico de su tiempo. Nobleza, sociedad, política, historia de España —política y artística—, e incluso el dramatismo de toda biografía, quedan comprendidos en ciertos aspectos en este recorrido por la obra del gran maestro de todas las épocas que fue Diego Velázquez, y que ahora tenemos el honor de presentar en esta edición.

1.— En primer lugar, a través del siempre brillante trabajo del Prof. Pérez Sánchez, nos acercamos a los retratos que Velázquez hizo de Felipe IV y, bajo el análisis de esas espléndidas pinturas, descubrimos algunos interesantes aspectos de una figura tan poco conocida en profundidad como es la del rey Felipe y de las relaciones singulares de admiración y protección con su Pintor de Cámara.

Pues habría que insistir que, en buena medida, y a pesar de algunos excelentes trabajos historiográficos sobre el monarca y su época, sigue siendo Felipe IV un rey un tanto desconocido para el gran público. Sepultado, por así decir, por las tragedias de la rebelión de Cataluña en 1640 y la secesión de Portugal; en definitiva, por el balance trágico general del siglo XVII, el rey Felipe queda vinculado más bien a la idea de fracaso y decadencia. Pero, como siempre, la realidad fue algo más compleja. Un siglo conocido en toda Europa, y así bautizado por los historiadores actuales, como «siglo de Hierro», «de la guerra», «del miedo», «de crisis», «el siglo de las revoluciones» le llamó J. Elliott, fue también el siglo del Barroco y de un esplendor artístico y literario extraordinario, especialmente en España y, para Europa, fue muy fundamentalmente el *siglo de la revolución científica, de Galileo a Newton, pasando por Descartes, Leibniz, Pascal* y otros nombres decisivos para el despegue occidental en todos los ámbitos.

Son, por tanto, unas conmociones las del siglo XVII que se producen tanto en España como en el resto de los territorios y

naciones europeas. Una vez más, con sus peculiaridades, la historia española no puede separarse de la del resto de los países de su entorno. El siglo XVII, hay que recordarlo aunque sea a grandes rasgos, es el de las grandes sacudidas políticas y sociales, en un momento u otro. La Fronda francesa —la rebelión aristócrata contra la centralización paulatina de la monarquía francesa—; la revolución inglesa iniciada en esos mismos terribles años 40 y sólo finalizada realmente en 1688; y especialmente la terrible y asoladora guerra de los Treinta Años —una de las mayores catástrofes sufrida por Europa en la edad moderna, donde se alteró definitivamente la relación de fuerzas europeas, y donde países como lo que es hoy más o menos Alemania quedaron arrasados para siglos. En este sentido, se ha llegado a calcular, en términos absolutos y no relativos, por historiadores actuales alemanes, que las bajas en aquellos territorios y todo su entorno centroeuropeo, no fueron inferiores a las que han sufrido en el siglo XX en las guerras mundiales, con la diferencia de población lógicamente mucho más baja en el XVII que en el XX; e igualmente están también hoy relativamente de acuerdo la mayoría de los historiadores del período que, sin esa conmoción que fue la Guerra de los Treinta Años, que dejó —como digo— exhausta a la Europa continental —y que marcó el declive definitivo del poder español— la emergencia de Inglaterra en el XVIII —después de la de la Francia de Luis XIV en la segunda mitad de siglo— hubiera sido más difícil.

Un final el de la guerra de los Treinta Años, con los tratados de Westfalia y de Münster en 1648, de donde emergen los países nórdicos de Europa, donde asoma ya Prusia, y donde España pone prácticamente fin —aunque hasta la paz de Utrecht no sea la pérdida definitiva— a sus posesiones europeas. No diferenciar en estas pérdidas el problema imperial del problema nacional, por lo que respecta al caso español con todos los dominios americanos intactos hasta el primer cuarto del siglo XIX, como advierten los historiadores, conduce a una visión excesivamente negativa y pesimista de un siglo marcado por la propia autocrítica negativa de sus protagonistas. Ya se ha hablado en otras ocasiones del mito «de la decadencia», y su necesaria matización en cada momento.

No es momento de repetir argumentos. Pero sí recordar que toda la primera parte del reinado de Felipe IV fue de una brillantez y de éxitos guerreros en toda Europa como pocas veces en la historia de España. José Alcalá-Zamora tiene escritas magníficas páginas sobre el período.

Pero ahora lo que creo que interesa resaltar es la complejidad de un monarca como Felipe IV en ese medio de la Europa del XVII e insistir en los avisos sobre la excesiva simplificación de su figura. Hombre de ingenio vivo, de inteligencia y gusto, rey voluntarioso y culto, excelente traductor de Guicciardini, «papelista» cuidadoso en ciertas etapas —queriendo emular a Felipe II en el cuidado directo de la gobernación de sus reinos—, es también un gran mecenas como es bien sabido. Y también fue un rey cortesano, algo frívolo y devoto a la vez, que delega el poder —no sin escrúpulos y altibajos—, en sus validos: el Conde-Duque de Olivares y después en don Luis de Haro. Dada la complejidad de la estructura de la Monarquía Hispánica y la tendencia general, en Francia y en Inglaterra, a buscar en esos validos una especie anticipada de primeros ministros —separando en parte el reinar y gobernar— la situación es más compleja que la simple pereza de desvincularse de una dura realidad, como de forma magistral hizo ver nuestro recordado Francisco Tomás y Valiente en su escrito ya canónico sobre los validos.

Y no deja de ser una paradoja histórica que un monarca de tantas cualidades fuera el centro en donde converge la «declinación» española a partir de 1640. Hecho que desarrolló en él sentimientos de culpabilidad y pena. Algo que podemos comprobar en esa correspondencia al final de su vida con Sor María de Ágreda, monja notable, que no sólo responde a las necesidades de consuelo espiritual del monarca, sino que, sin mayor experiencia política, aconseja sobre asuntos y personajes de Estado con gran desparpajo. En fin, al período áureo de los años veinte, con los triunfos en las guerras de Flandes y de Italia, sucederán las derrotas de los años cuarenta y cincuenta ante Francia y Europa, pero no por ello la Monarquía Hispánica deja de seguir siendo —aun en declinación— un formidable poder. Y el rey Felipe, el penúltimo Austria, uno de los monarcas más cultos y sensibles de su época.

2.—De las relaciones del Rey con Velázquez, una cuestión bastante estudiada pero poco entendida por el gran público que en los últimos años se ha acercado cada vez más apasionadamente al gran pintor, destaca la condición de éste como «criado del Rey».

«Criado» del Rey, en el Antiguo Régimen, como es sabido, supone algo peculiar, que nos explica magistralmente, como gran conocedor e investigador del tema, el Prof. Feliciano Barrios. Baste recordar por nuestra parte que los criados, los domésticos, de una gran Casa y, en general, los servidores de todo tipo, no tienen la misma significación que en la sociedad burguesa-profesional de los siglos XIX y XX. Será sólo a partir de la Revolución de 1789, cuando el término «servidor», «criado», doméstico, etc., se rodeará de un sentido peyorativo —al menos con un sobreentendido de inferioridad un tanto humillante—, hasta llegar a nuestros días en que, públicamente, según un lenguaje «políticamente correcto», se habla de «empleados del hogar» o similar. Pero en una sociedad como la del Antiguo Régimen, en donde predomina el grupo, la Casa, el linaje, sobre el individuo, los *criados* forman parte de la propia familia, naturalmente dispuestos en una jerarquía rígida y minuciosa, pero formando parte de la Casa desde el escalón que les corresponda.

En el Diccionario de Autoridades figura así, como primera acepción, el sentido genuino de la voz «criado» en el siglo XVIII. Dice textualmente: «Criado, usado como sustantivo (como participio pasivo del verbo «criar», en el sentido pues de «crianza»: «El doméstico, *familiar*, o sirviente de una casa. Llámase así por la educación y sustento que le da el Amo». Todavía utilizamos en parecido sentido «bien criado» o «mal criado». En el XVIII esos lazos «familiares» están ya transformándose, pero en el XVII —en la época de Velázquez— la importancia de estar bajo la protección de un Amo poderoso —y el más alto es naturalmente el propio monarca— era decisivo. Todos saben que la importancia del número y calidad de los servidores en el Antiguo Régimen tiene que ver con *funciones de servicio y representación*, con las que *se mantiene el rango*. En el caso de la Casa del Rey, la importancia de estas funciones es, como resulta lógico, aun mayor.

En las notables, por muchos conceptos, Memorias del Duque de Saint-Simon —un formidable escalpelo de la Corte de Luis XIV y sus intrigas y luchas—, en la minuciosa descripción que hace de la ceremonia de la «cobertura de los Grandes» durante su estancia en la corte española muy a principios ya del siglo XVIII, señala que

«... al apearnos de la carroza fuimos recibidos por lo que se llama en España «la familia del Rey», o sea, una *multitud de oficiales subalternos de su Casa y otra de oficiales más importantes en mitad de la escalinata*, con el mayordomo de semana, que era el marqués de Villagarcía, un Guzmán, más tarde virrey de Méjico...».

El papel decisivo de los altos oficiales de la Casa del Rey en los actos oficiales y en la vida privada del monarca queda excelentemente expuesto en estas páginas por el Prof. Barrios, quien ha investigado y publicado artículos y monografías rigurosas sobre el particular. Muy especialmente, referido a Velázquez, y a su ascenso —propiciado directa y continuamente por el propio Monarca, como se recoge continuamente en todos los escritos sobre el rey y su pintor—, este trabajo nos ilustra sobre el ascenso escalonado de Diego Velázquez en la Corte, que le lleva desde su nombramiento de Ujier de Cámara en 1627 a su importante cargo final como Aposentador de Palacio, amén de acumular el de Pintor de Cámara y otros nombramientos, además de los emolumentos correspondientes.

3.—Pero estos distintos cargos palatinos, ejercidos —o más bien procurados— por Velázquez con fervor, no son suficientes para el reconocimiento social cortesano. De ahí el empeño del pintor por conseguir entrar en la Orden de Santiago, algo que sólo logrará, de nuevo, por la decidida protección del Rey a su persona. «Velázquez, caballero de Santiago» continúa el análisis de ese ascenso, de algunos de sus costos y de las intrigas, calumnias, mentiras y realidades que rodearon el acontecimiento. Nos encontramos con facetas inusitadas del pintor y desde luego con un Velázquez que emplea «contra la envidia, el desdén», siempre con la protección incondicional del propio Felipe IV.

En la conferencia excelente de Jaime de Salazar se analiza lo que fue seguramente la culminación de esa «irresistible ascensión

social» que Velázquez consideró parte esencialísima de su vida, como estamos viendo. Aparte de deshacer algunas inexactitudes o tópicos sobre el procedimiento de ennoblecimiento de nuestro pintor, el autor insiste en primer lugar en algo que suele no ser bien comprendido en nuestra actual sociedad burguesa-profesional: lo que suponía ser caballero de Santiago en pleno siglo XVII.

Varias veces nos hemos referido en estos ciclos de años anteriores, y hemos publicado trabajos sobre ello en los volúmenes de «Nobleza y sociedad en la España Moderna», a la complejidad de lo que suponía la Corte y una sociedad de privilegios y de jerarquías como era la del Antiguo Régimen en la mentalidad de aquella época. Una sociedad que estaba organizada sobre principios organizadores muy diferentes de los actuales del mérito profesional individual y de la igualdad al menos de oportunidades y con tendencia a la imposición de una «ideología» del igualitarismo a ultranza que es la nuestra. Por el contrario, como es sabido, en la sociedad del Antiguo Régimen, priman los principios de privilegio y desigualdad; en ella, lo público y lo privado se articulan de distinta manera que en la actualidad y, muy fundamentalmente, el *prestigio* y el reconocimiento del grupo social quedaba vinculado a unas redes o marco de interdependencias y distinciones familiares complejos y sutiles. Era un marco —como ha insistido Norbert Elias y otros investigadores— en el que la persona y su existencia social depende —en mayor medida de nuestras sociedades industriales y posindustriales— de la *estimación de los otros*. Profesión y dinero, fundamentos actuales de una existencia relativamente movable, eran todavía algo secundario en la sociedad estamental.

De ahí la importancia para Velázquez de los cargos palatinos, muy por encima en la estimación social de la época del oficio o profesión de «pintor del Rey», y no digamos de la consecución del honor de pertenecer a la Orden de Santiago.

Jaime de Salazar no sólo recoge algunas de estas cuestiones y de cómo, por encima del interés material, se imponía el ansia de nobleza, honor y *reputación* —término clave éste de «reputación» sin el que no se entiende nada de la sociedad del Antiguo Régimen—, sino que ilustra documentalmente los antecedentes fami-

liares o genealógicos del gran artista sevillano, así como sobre los avatares del expediente de pruebas para ingresar en la Orden. Una vez más, frente a la oposición en este caso del Consejo de Órdenes —como en otros cargos se habían opuesto los cortesanos— será el manifiesto y decidido propósito del Monarca de favorecer a Velázquez lo que acabará imponiéndose. En definitiva, una apasionante trayectoria la de Velázquez que va desde unos orígenes más bien modestos en la época o no del todo claros, a un encumbramiento que prosigue en sus descendientes y que hace que, al parecer por una serie de azares de matrimonios y cruces de parentesco, acabe siendo antecesor nada menos que de distintos miembros de algunas Casas Reales actuales. Don Diego se sentiría orgulloso.

4.—Como escribe el P. Quintín Aldea, «la vida de cada hombre se mueve siempre dentro de una constelación humana», sin la cual no es posible comprender ni sus opciones ni sus logros o derrotas. Esa constelación, con sus «astros mayores y menores», fundamentalmente los segundos, poco conocidos e investigados, es la que analiza de forma insuperable el P. Aldea, uno de nuestros sabios historiadores, figura de primera fila en nuestro mundo cultural y universitario, a quien debemos, entre otras muchas deudas como es el del Diccionario de Historia Eclesiástica de España, trabajos imprescindibles sobre Saavedra Fajardo y en general sobre el siglo XVII español y europeo.

Si Felipe IV y el Conde-Duque fueron determinantes en el rumbo de la vida y de la obra de Velázquez, toda una serie de personajes coetáneos contribuyeron también, con su relación y sus influencias recíprocas, en las posibilidades y horizontes que el pintor, como todo ser humano, tuvo en cada momento de su vida. Un aspecto inédito para el gran público interesado es indudablemente el de las relaciones de don Diego con un sector de tales contemporáneos que era decisivo en el siglo XVII: el poderoso mundo eclesiástico de su entorno. Cuando nos preguntamos, por ejemplo, de donde podía venir la amistad de Velázquez con figuras de la época como Alonso Cano o Góngora, o tantos otros más o menos conocidos de aquella concreta «constelación humana» que le rodeaba, podemos encontrar cumplida respuesta en el análisis del

P. Quintín Aldea sobre los grupos del estamento eclesiástico que tuvieron una relación especial con el pintor sevillano.

Dentro de ese grupo, nuestro investigador señala tres subgrupos fundamentales: el «grupo andaluz», formado, entre otros, por el canónigo sevillano Juan de Fonseca y Figueroa (sumiller de cortina del Rey y, por tanto, decisivo en la introducción de Velázquez en la corte madrileña; de hecho, fue su retrato el que llamó por primera vez la atención de Felipe IV y le abrió al pintor las puertas de palacio); pero también formarían parte de este importante grupo andaluz: el beneficiado y poeta Francisco de Borja, el racionero granadino y pintor Alonso Cano y el también beneficiado de Córdoba y gran poeta Luis de Góngora.

Un segundo subgrupo sería el «curial de Roma», es decir, los eclesiásticos procedentes de la Curia romana: cardenal Francisco Berberini, nepote de Urbano VIII y su secretario de Estado; el Nuncio en Madrid, cardenal Julio Sachetti; y el asimismo Nuncio en Madrid Juan Bautista Pamfili, futuro Papa con el nombre de Inocencio X, cuyo retrato velazqueño sigue siendo una de las cumbres del arte pictórico universal. Y, por último, un tercer agrupamiento a efectos de análisis sería el del «grupo español de Roma», principalmente dos figuras de gran magnitud: el cardenal don Gaspar de Borja y Diego Saavedra Fajardo.

La sola enunciación de estos nombres lleva consigo retazos importantes de la vida de Velázquez y potentes evocaciones de algunos de sus más geniales obras. Recorrer el hilo de su relación con el pintor es uno más de los placeres intelectuales de estas páginas.

En conjunto, pues, presentamos en las páginas que siguen una visión original del genio en aspectos que no restan un ápice a su grandeza artística, y que complementan la visión de un hombre y una época. Quisiera terminar recordando aquí dos citas imprescindibles de dos maestros que dedicaron preciosos libros al gran pintor. Me refiero a mi querido y recordado D. Luis Díez del Corral, en su preciosísimo libro «Velázquez, la Monarquía e Italia», y al igualmente por mí siempre recordado D. José Antonio Maravall Casesnoves, en su «Velázquez y el espíritu de la moder-

nidad» (ambos recientemente reeditados en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales como homenaje a Velázquez). Si Maravall Casesnoves considera a Velázquez como uno de los fundadores del mundo moderno por su sentido de la individualidad y por la visión del mundo que transmite en su pintura, situando a Velázquez, Galileo y Descartes como los tres grandes del pensamiento científico moderno, Díez del Corral, cuando analiza concretamente el cuadro de «Las Meninas» escribe:

«No constituye Velázquez el centro objetivo del cuadro, pero sí su centro subjetivo, habida cuenta de que lo representado en el lienzo es la acción misma de pintar. Tal tema constituye una de las razones más poderosas para postular la modernidad de este contemporáneo de Descartes. “Las Meninas” constituyen un paralelo del “Discurso del Método”»....

Y acaba Díez del Corral con los versos que Quevedo dirigió al mágico pincel velazqueño:

«Tú, si en cuerpo pequeño
eres, pincel, competidor valiente
de la Naturaleza
hácete el arte dueño
de cuanto vive y siente
(...)
y por tí el gran Velázquez ha podido
diestro cuanto ingenioso,
así animar lo hermoso
ansí dar a lo mórbido sentido
con las manchas distantes,
que son verdad en él, no semejantes».

Velázquez, científico y artista, precursor de casi todo. Fundador de la modernidad junto a los grandes genios de las matemáticas, de la astronomía, del pensamiento filosófico y de la creación astística. Y a la vez, hombre de su tiempo, constreñido en mayor o menor medida por esa misteriosa mezcla de necesidad, azar y márgenes de libertad que es toda vida humana. Profundizar en su conocimiento y en su sensibilidad, nos sigue enriqueciendo siempre.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- BATICLE, Jeannine: «El retrato ecuestre del rey Felipe IV». En *Velázquez*. VV.AA. Fundación Amigos Museo del Prado. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 1999.
- DÍEZ DEL CORRAL, Luis: *Velázquez, la Monarquía e Italia*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 1999.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: «Velázquez y su tiempo», en Catálogo *Velázquez*. Museo del Prado, Madrid, 1999.
- GÁLLEGO, Julián: *Velázquez*. Alianza Ed., Madrid, 1999.
- LAFUENTE FERRARI, Emilio: *Velázquez o la salvación de la circunstancia*. Diputación de Valencia, 1999.
- MARAVALL, José Antonio: *Velázquez y el espíritu de la modernidad*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 1999.
- MARÍAS, Fernando: «Diego Velázquez, pintor del rey y caballero santiaguista», en *En torno a Velázquez*. VV.AA. Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 1999.